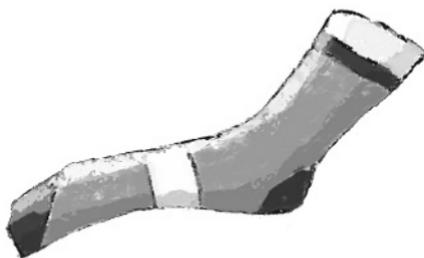


# Carlos y los objetos perdidos

Roberto Ransom

Ilustraciones de Enrique Torralba



loqueleg®



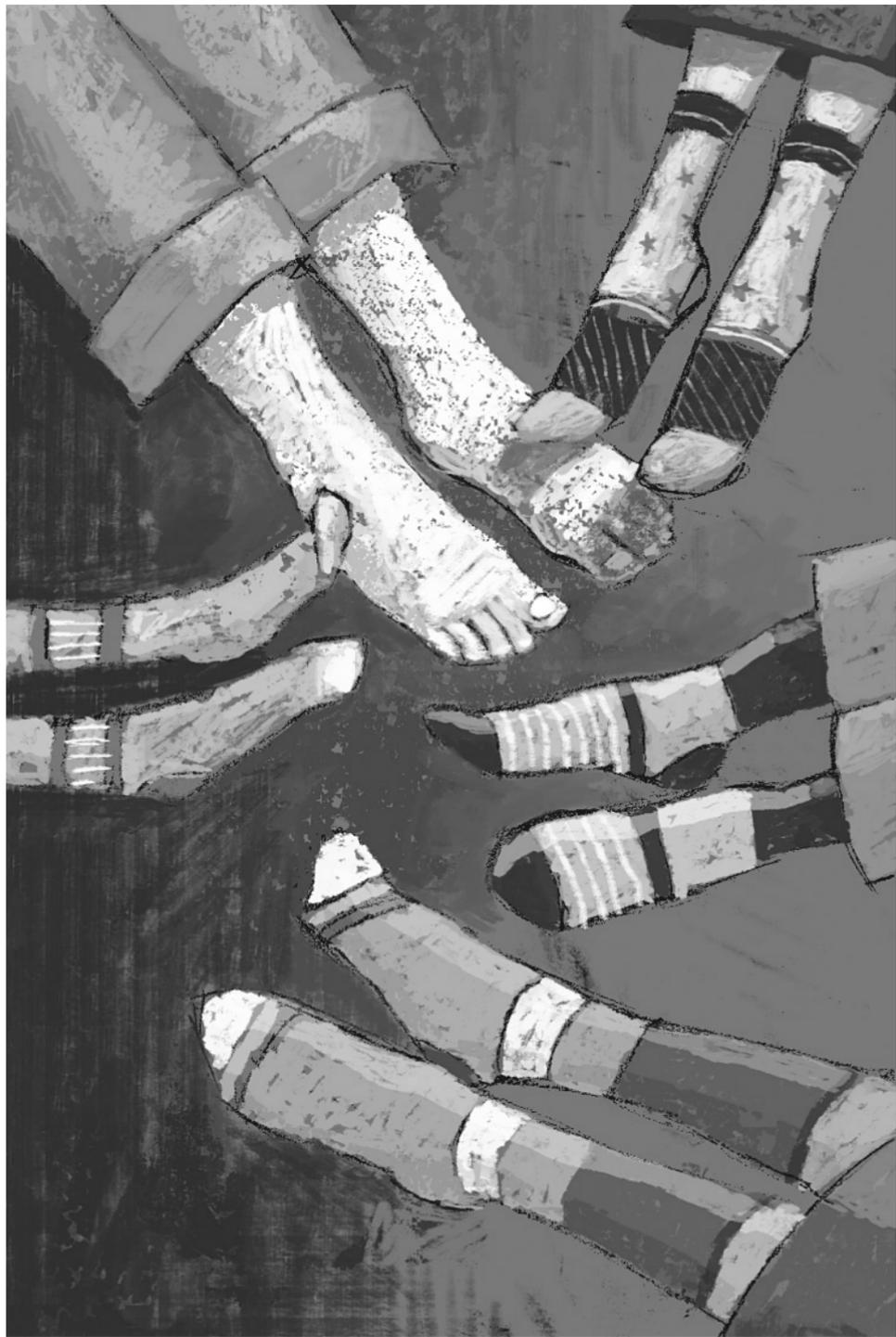
Los pies le huelen mal a Ale, y peor le huelen los tenis cuando no usa calcetines. Mi mamá le dice que debe ponérselos. Pero cuando yo uso solamente calcetines y, peor, si salgo así al patio o al jardín, mi mamá me dice lo contrario, que me ponga zapatos. Cuando Fer regresa de acampar, con los calcetines llenos de tierra y como trapos viejos, a mí me impresiona que mi mamá no diga nada. Quizá porque Fer tiene catorce años. Se los devuelve, pasados por la lavadora y la secadora, completos y blancos. Ella casi no usa calcetines. Sólo zapatos. Cuando hace calor o vamos a la playa, todos usamos sandalias excepto mi papá, que prefiere huaraches. Fer se pone tines con las sandalias. Ale, quien me lleva cuatro años, dice que se ve naco.

“Me choca la palabra naco”, dice mi papá.

Yo me fijo en los calcetines de mi papá. Los que usa cuando viste de traje y va al trabajo, y los que se pone para hacer deporte, aunque en realidad no hace deporte, cuando mucho camina por el jardín o saca a pasear a la calle a Cuca, una de las dos perras de la familia, la más joven y fuerte, que lo lleva a él, jalándolo de la correa.

Mi papá se queja seguido de la desaparición de sus calcetines: que no encuentra los negros, que a cada rato compra más y luego desaparecen, o sólo se topa con los viejos, ya gastados de los tobillos o los dedos. Tampoco quiere tirar los viejos y tener que volver a comprar otros.

Mi papá duerme sin calcetines. Me dice a mí y a mis hermanos, a modo de recomendación, que es sano dormir sin calcetines para que respiren los pies. ¡Qué idea! ¿Cómo van a respirar los pies? Mi mamá dice lo contrario. Ella sí usa calcetines para dormir, unos que le llegan casi a la rodilla. A veces se pone un par encima de otro. Es friolenta. Cuando me meto a la cama con ellos, sé cuáles son los pies de mi mamá, y cuáles los de mi papá, porque unos traen tela y con los otros sólo siento piel.



—¡Lorenzo Pangloss! —exclamó mi mamá.

—¡Es que no entiendo cómo desaparecen!  
—contestó mi papá.

—Ni yo —dijo mi mamá.

—Los uso, me los quito, los pongo en el cesto de la ropa sucia.

—Y a los pocos días regresan a los dos cajones, donde deben ir —le dijo mi mamá, interrumpiéndolo.

—Ojalá fuera así, pero me temo que lo que dices no es del todo cierto —le contestó mi papá.

Hay muchas explicaciones. Por ejemplo, que se los traga la lavadora. Cuando escuché por vez primera aquella explicación, me imaginé la lavadora como una enorme piraña de metal y fauces en

forma de círculo. Pensaba que podría morderme y empecé a tenerle mucho respeto, hasta guardaba mi distancia. Ahora me reía de mí mismo. La lavadora seguía del mismo tamaño y su ruido más que gruñido ya me parecía ronroneo. Cuando se lo dije a mi mamá, ella dijo que entonces la lavadora sería un cachorro de león y no un gato.

No teníamos gato como mascota porque mi mamá y mi hermana eran alérgicas a su pelaje.

Las dos perras, Cuca, la grande, y Maca, la chica, callejeras y recogidas en distintos momentos cuando eran cachorras, también ocupaban, por ratos, su lugar en la lista de los culpables. Cada vez que Ale veía otro perro callejero, sobre todo si era cachorro, quería adoptarlo y traérselo de vuelta a la casa.

—¿Para qué queremos otro perro callejero? —preguntó Fer—. Mejor compremos un pastor alemán o un shetland.

—Ya quisieras tener la belleza o la personalidad de Cuca o de Maca —le dijo Ale.

—No soy hembra —respondió Fer—. ¿Para qué me va a interesar la belleza?

—No eres hembra pero eres fresa —le dijo Ale.



Fer pretendía no ofenderse, pero una vez cuando yo quise hacer la prueba y le dije lo mismo, mi hermano me torció el brazo y casi me sacó las lágrimas.

A mi mamá le pareció poco creíble que a las perras les interesaran los calcetines de su marido.

—No exageres —le dijo a mi papá—, ¿para qué van a querer Cuca y Maca tus calcetines?

—Qué sé yo lo que hacen con mis calcetines —dijo mi papá—. Ése es un misterio todavía más grande que su desaparición. Quizá las perras sean coleccionistas. Casi todos los que se me pierden son lisos, de color negro, pero también han desaparecido los de color café chocolate y azul marino, también los de rayas, rombos y puntitos.

Mi mamá se rio. Yo también me reí.

—Me he fijado —siguió mi papá— en que cuando busco algún calcetín, la Cuca me mira con aire de culpable. Como desaparece uno a la vez, supongo que son ellas.

—Si desapareciera el par, ni te darías cuenta —le dijo mi mamá.

—Tienes razón —respondió él—. No me daría cuenta hasta que no hubiera un solo par, y yo